



Verso y Amor

Por MARÍA DEL CARMEN MUZIO

En El Cobre, Oriente, nació, el 25 de agosto de 1835, Luisa Pérez y Montes de Oca. Desde joven estuvo en estrecho contacto con la naturaleza a la que amó y reflejó en su obra. Durante cuatro años ofrece veladas literarias en su hogar, y es admirada por su belleza física y sus dotes naturales. Su primer poemario se publica en 1856, con prólogo de Federico García Copley. En él, la autora incluye poemas que reflejan espiritualidad, humildad y sencillez.

*Píntame en torno
un horizonte azul, un lago terso
y un sol poniente, cuyos rayos tibios
acaricien mi frente sosegada.
Píntame así, que el tiempo poderoso
pasará velozmente, como un día,
y después que esté muerta y olvidada,
a la sombra del árbol silencioso
con la frente inclinada
me hallarás estudiando todavía.*

A pesar de que el libro tuvo una tirada pequeña, fue enviado a los intelectuales de la época. De esta forma, llegó a manos del médico Ramón Zambrana, en La Habana. Así comienza una historia de amor digna del mejor novelista de la época.

Zambrana, hombre culto y uno de los fundadores de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, impartía clases en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, así como pertenecía a la Real Sociedad Económica de Amigos del País y al Liceo Artístico y Literario, entre otras instituciones. Además, era hermano de Antonio Zambrana, destacado político.

Entusiasmado por el libro de poemas, escribe a la autora a Santiago de Cuba. Ella le contesta y establecen una regular correspondencia que culmina cuando él le solicita un retrato con el pretexto de la publicación del poemario. De inmediato, parte a conocerla. Llega a la ciudad oriental el 30 de agosto de 1858 y el 16 de septiembre de ese mismo año contraen matrimonio.

Los esposos regresan para instalarse en la capital del país. Ramón Zambrana alienta la poesía de Luisa, cuyo nombre se torna popular en los círculos literarios. Comienza a publicar en las revistas *Álbum Cubano de lo Bueno y lo Bello*, *La Voz Católica* y *El Kaleidoscopio*. Estimulada por su esposo, en 1860 se edita el segundo libro de poemas, dedicado a su cuñado Antonio, y con prólogo de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Coincidió con la visita a La Habana de la autora de tan reconocido prestigio, a quien se le rinde un solemne homenaje en el teatro Tacón, y donde precisamente Luisa Pérez de Zambrana es la designada para colocar la corona de laureles en las sienes de Tula.

Durante sus ocho años de matrimonio, Luisa y Ramón tuvieron cinco hijos: Angélica, Dulce María, Horacio, Elodia y Jesús. Pero el esposo, 20 años mayor, muere en 1866.

Difícil se vuelve entonces la vida para esta mujer, aún joven y viuda con cinco hijos. La mayoría de los críticos considera que a partir de esa etapa alcanza madurez la poesía de la escritora.

Su antológico poema *La vuelta al bosque*, dedicado a la muerte del esposo, fue muy elogiado por Martí: "Ramón Zambrana había muerto y la esposa desolada pregunta a las estrellas, a las brisas, a las ramas, al arroyo, al río, qué fue de aquella voz tranquila que le habló siempre de venturas, de aquel espíritu austero que hizo culto de los ajenos sufrimientos, de aquel compañero amoroso, que tuvo para todas sus horas castísimos besos, para sus amarguras,

apoyo, y para el bien de los pobres, suspendidas en los labios, consoladoras palabras de ciencia (...) Murió el esposo, y el bosque, y los amores, y las palmas, y el corazón de Luisa han muerto”.

Sin embargo también tendría que soportar la pérdida de sus cinco hijos, ya adultos: Elodia, en 1886, con 22 años; Angélica, en 1892, con 33 años; Jesús, en 1893, a los 27; Dulce María, en 1896, a los 36 y Horacio, en 1898, con 36 años.

El verso, cuando es sincero, convence. El dolor de la viuda, ya reflejado en *La vuelta al bosque*, vibra en los poemas dedicados a los hijos. Se trata de siete notables elegías, que convierten a Luisa Pérez de Zambrana en una de las voces elegíacas más importantes de nuestra lírica.

*Aquí estoy vuestras lápidas velando
cuando la virgen de ópalo declina,
como vela el silencio de las tumbas
una lámpara inmóvil y encendida.
Mirad mi sombra desolada y muda
que en una eterna soledad camina,
y cubrid con las dalias de la muerte
esta inmensa corona de desdichas.
En la noche sin luna y sin aurora
del calvario que subo dolorida,
yo os miro suaves descender del cielo
con las pálidas frentes pensativas.*

Después de la muerte de sus seres más queridos, la escritora se dedicó al cuidado del resto de la familia que le quedaba –los nietos-, al tiempo que colaboraba, ocasionalmente, en alguna que otra publicación periódica. Tal es el caso de *Ya duermes*, escrito a raíz del fallecimiento de Mercedes Matamoros, otra destacada poetisa cubana.

Ya en los primeros años del siglo XX se encontraba inválida, casi ciega y en la más extrema pobreza. Vivía retirada en una humilde casa en Regla. Para aliviar su difícil situación económica, en 1908 el entonces alcalde de La Habana, Julio de Cárdenas, le otorgó una pensión del Ayuntamiento. Y 10 años después, en 1918, el Ateneo le tributó un homenaje. En este, Enrique José Varona dictó una conferencia acerca de ella; José María Chacón y Calvo realizó una semblanza; Gustavo Sánchez Galarraga le dedicó un poema; y Dulce María Borrero leyó varios poemas de la homenajeada.

Con prólogo de Enrique José Varona, por iniciativa del periodista Félix Callejas y costado por Carlos Miguel de Céspedes, se publicaría un tercer poemario en 1920. Este puede estimarse la versión definitiva de la obra de Luisa, quien escribió su último poema en 1918, el cual consiste en una postal dedicada a su bisnieta Dorita. La autora de *La vuelta al bosque* falleció el 25 de mayo de 1922, y sus restos fueron sepultados en la necrópolis de Colón.

Excelente poetisa, que conjugó el verso con el amor, la maternidad y el dolor, sirvan otra vez, como colofón, estas palabras de Martí: “Mujer de un hombre ilustre, Luisa Pérez entiende que el matrimonio con el esposo muerto dura tanto como la vida de la esposa fiel”.

AL VUELO

- El pensador español José Ortega y Gasset refiere que, en cierta ocasión, vio a su famoso compatriota Pío Baroja en lucha a brazo partido con la gramática, sin saber si debía escribir bajó con zapatillas, bajó de zapatillas, bajó en zapatillas o bajó a zapatillas.

- En el siglo XIX dos ingenios de Matanzas (San Ignacio y San Miguel) utilizaron camellos para el transporte de la caña de azúcar.

- El dramaturgo rumano Eugene Ionesco, considerado el genio teatral del siglo XX, era un declarado agnóstico que, sin embargo, sentía una particular veneración por San Francisco de Asís. Falleció en París, Francia, en 1994, a los 82 años de edad. En su última hora, decidió confesarse con un sacerdote católico.

- En enero de 1952, el 99 por ciento de las novelas que se transmitían por radio en la isla de Puerto Rico era de las autoras cubanas Dora Alonso, Hilda Morales e Iris Dávila.

- La única dentista latinoamericana que ejercía esa profesión en la ciudad norteamericana de Nueva York, en 1952, era una cubana, la doctora Elva Esther Ricardo Santana, graduada en la Universidad de La Habana en 1944.

- La noticia de la muerte de Napoleón Bonaparte en la isla de Santa Elena (1821), se conoció en Londres al cabo de 58 días. El fallecimiento del presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt (1945) tardó solamente 11 minutos en dar la vuelta al mundo.